

Pasados pocos días continuaron yendo al café, y aquí fué Troya.

Como donde no hay harina todo es molina, fué el matrimonio un infierno en que no se encendía la lumbre muchos días; y cuando tuvieron hijos, mientras el padre se divertía en el café y la madre lloraba sus desdichas, andaban los pequeños por las calles, paseando por todas partes la estampa del hambre.

¡Angeles para mi alma! Las veces que al ver á alguno de ellos que llegaba á mi casa para jugar con mis muchachos, y conocer en su cara su necesidad, le decía á Isabel:

—Dale á Juanillo un pedazo de pan, porque el café se ha comido el que hoy tenían en su casa.

Cuando yo me casé, señorito, tenía ahorrado para todos los gastos y todavía me sobraron más de cinco duros.

Y no sé me hizo pesado pasar las noches con mi mujer y mis hijos hasta el toque de ánimas, el invierno al calor de la lumbre y el verano á la luz de la luna, en la puerta de mi casa.»

No sé por qué, no era de mi agrado la seriedad de la conversación.

Muchas veces he pensado ~~después~~ <sup>después</sup> que sería por el varapalo que sufrí, y por esto, sin duda, dando á la conversación otro tono, le pregunté:

—Y dime, Clemente, durante veinte años, ¿de qué habéis hablado tú, tu mujer y tus hijos?

—Pues nunca faltaba de que hablar, señorito. Cuando los muchachos eran pequeños, hablábamos de si se reían, de si estaban inquietos por la dentición, de si ya pronunciaban algunas palabras.

Cuando eran más grandes, de si iban á la escuela, si el maestro les quería, si sabían ya las letras, si tenían mal genio, si eran traviesos, si eran *paraos*...

Cuando eran zagalones, nuestra conversación era si tenían inclinación á la hija del tío Fulano, ó á la del tío Zutano, y cual era la mejor, y si nuestro hijo sería más feliz con ésta que con aquélla.

Otras veces hablábamos de si las gallinas no ponían huevos, porque con la lluvia se les habían mojado las patas; si habíamos hecho buena compra porque el puerco tenía *buen quijal*, si había que regar las patatas, ó cavar los pimientos, ó abrigar las tomateras; en fin, nunca nos faltó de qué hablar.

Oyendo yo todo aquello no pude dejar de *soltar el trapo* en sonora carcajada, diciéndole con burla: